

Rosa Chacel

CUENTOS



Rosa Chacel

C U E N T O S





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rosa Chacel, 1971, 1982, y Herederos de Rosa Chacel.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Núria Just

Primera edición en Austral: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.485-2024

ISBN: 978-84-08-28825-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

SOBRE EL PIÉLAGO

Sobre el piélago	9
Atardecer en Extremadura	25
Fueron testigos	43
Tres pueblos y tres fuentes.	53

ICADA, NEVDA, DIADA

En la ciudad de las grandes pruebas	69
La última batalla.	85

OFRENDA A UNA VIRGEN LOCA

Ofrenda a una virgen loca	95
Balaam	109

Sobre el piélagos

Podría intentar este relato tomando como pauta alguno de los convencionalismos aceptados: una confesión obtenida del protagonista, unas memorias, o bien la simple observación del autor espiando de cerca o de lejos al personaje: no adoptaré ninguno de ellos. Si pretendiese hacer hablar al sujeto cuya aventura intento relatar, tendría que adoptar el lenguaje que corresponde a una mente muy simple. Si la relatase según observación propia, tendría que aducir detalles externos que enturbiarían el esplendor de la visión íntima, intacta, inexpugnable.

Pero si he hablado de lenguaje no es porque la dificultad esté ahí: con cualquier lenguaje puede un hombre expresar lo que llega directa o indirectamente a su pensamiento. He querido sólo hacer notar que en este relato usaré términos o formas que, siendo de todo punto imposibles en el sujeto, den idea del orbe excelso al que su simple pureza fue un momento tangente.

Antes, daré los imprescindibles datos sobre la existencia real, edad, nombre y traza de un hombre que salía en un bote de remos todas las mañanas del puerto de Sóller.

Se llamaba Mauro, tenía poco más de treinta años, talla mediana, rubio, los ojos del color del vidrio ordinario, esto es, sin color. No tenía el tipo balear; probablemente descendía de extranjeros. En el cráneo, pequeño, ancho sobre las orejas, el pelo abrasado por la sal le formaba mechones casi blancos, y la ropa, sobre todo la camisa, abierta junto al cuello tostado, tenía siempre la limpieza acerba que corroe y descarna el hilo en la ropa de los marineros. Por su aspecto, parecía un hombre de mar, pero no lo era. No tenía ningún establecimiento propio: traficaba a su modo, traía y llevaba productos de los pueblos vecinos. Decían que trabajaba con los contrabandistas, esto no es seguro. El caso es que todas las mañanas desamarraba la barca antes de que se levantase la llama del día, y volvía ya de noche, trayendo algún fardo que arrastraba hasta la puerta de su casa; metía la llave en la cerradura, entraba y se encerraba por dentro, solo. Porque vivía solo; era soltero.

Todos los detalles anteriores conducían a este último. No contará para nada en el resto de la historia el color de sus ojos ni su modo de vestir; todo ello pretende sólo constituir la forma externa de un hombre célibe, casto, o más bien virgen, pues la historia lo exige así. Me apresuro a advertir que en la historia tampoco contará para nada su castidad, y casi añadiría que ésta no hace más que corroborar el

color de sus ojos. En suma, una y otro no son más que dos evidencias de un secreto singular.

En general salía por el lado izquierdo —el puerto mira al Norte— y costeaba la isla hacia poniente; se internaba en alguna cala: lo que hiciese mientras estaba en tierra no importa. En el camino gastaba de ordinario dos o tres horas, y siempre estaba dispuesto para volver bastante antes de ponerse el sol. Remaba hacia oriente teniendo ante sí el poniente con sus dramáticos celajes, pero no le afectaban, porque miraba sólo el mar inmediato. Iba con el mar, marchaba por él como el que marcha por la llanura; el ritmo de los remos era como un paso largo, y el ruido que hacían al cortar el agua semejante al que hacen los pies en la grava. Se adentraba en la soledad del mar, que al ir avanzando iba agrandándose, con lentitud y silencio, como hacen eclosión las flores.

Cuando había calma, a veces, veía muy cerca de él las aletas de los delfines que emergían, se alzaban y volvían a hundirse. El bando, en su marcha sinuosa, al aflorar, parecía una enorme rueda dentada con cuchillas de pizarra, que fuese rodando bajo el agua y que de cuando en cuando asomase el borde armado de filos grises. Se les oía resoplar, pero no levantaban ni rumor ni espuma: cortaban el agua nacarada con sus aletas oleosas y rodaban siempre unánimes; se hundían, aparecían más lejos y volvían a desaparecer. Ésas eran las tardes de calma; en algunas de ellas la luna se levantaba en el horizonte desmesurada y turbia.

Otros días soplaba el viento y se picaba el mar; entonces brotaban a su alrededor olas pequeñas,

que venían a chocar contra la barca, y Mauro las miraba nacer innumerables, imprevisibles, porque brotaban aquí y allá, sin norma, pero a fuerza de contemplarlas llegaba a ver cómo se engendraban unas a otras. No seguían una corriente, como cuando se precipitan sobre la playa; hervían por todas partes como si legiones de vientos agitasen la superficie de las aguas con el soplido de sus bocas. Por todas partes se formaban hoyos que, al no poder ensancharse por la proximidad de otros semejantes, alzaban sus bordes, que culminaban en espuma, y esa espuma se derramaba por la pendiente del agua que se había alzado, derrumbándose con ella la pendiente misma y convirtiéndose en sima, que iba hundiéndose hasta encontrar otra corriente contraria que la obligase a alzarse de nuevo y bordearse de espuma y derrumbarse, y así implacablemente por toda la extensión del mar.

Ocurría a veces que, contra lo previsto, se alzaba bruscamente una ola más grande junto al remo; venía como por detrás del bote en el momento en que él no miraba para aquel lugar, y la veía sólo al sesgo, pero distinguía su galope, veía el rizo múltiple de su tropel, que seguía un momento a la barca y se borraba sin dejar huella. Duraban tan poco tiempo aquellas olas alzadas que, cuando volvía la cabeza, ya no estaban, pero Mauro conservaba el recuerdo del rumor y de la irrupción de su blancura como la imagen viva de las criaturas del piélago. En la espuma inorgánica se armaban formas vivientes, que asomaban y huían murmurando con apresurada ocultación.

Para Mauro existían ciertamente; las conocía sin

reflexionar en ellas, y, cuando aparecían, todos sus pensamientos se anulaban, no le quedaba espíritu más que para atenderlas; pero cuando su atención vigilaba, no aparecían. Al rato de esperarlas, la atención cedía y el pensamiento comenzaba a gravitar sobre cualquier punto. Entonces surgían, galopaban junto al remo y volvían a desaparecer. Luego, al acercarse a la costa, el esfuerzo necesario para vencer la resaca borraba su recuerdo, y, luego, el arrastrar la barca por la arena, el cargar con el fardo y los remos le llenaban la cabeza de ocupaciones concretas. Sólo los pies guardaban aún algún tiempo aquella especie de ensueño que era el contacto con el mar. Al saltar de la barca, pisaban las conchas rotas, punzantes, evitaban los temibles erizos, y algún perro que guardaba otras barcas venía a jugar con ellos mientras duraba la faena. Mauro, con la mente, ya no estaba en aquello; no sentía tampoco la noche que se extendía infinitamente iluminada: subía unas gradas de piedra, torcía a la izquierda y entraba en su casa. Allí continuaban los quehaceres: primero encendía la lámpara de carburo, después prendía unas piñas en el hogar, cortaba el pan para la sopa y ponía unos pimientos entre la ceniza, junto a las brasas. Comía. Sobre la mesa, sin mantel, el cuchillo: una faca que llevaba siempre consigo y que quedaba abierta mientras comía, aunque no fuese a ser usada. En ella dejaba reposar la mirada con confianza. Era una navaja pequeña, como para cortar pan, no tan pequeña que no pudiese cortar otra cosa, pero llevaba escrito en su contorno que era para eso, pues todas las armas llevan en su perfil su sino. Mauro se

miraba en ella durante todo aquel silencio; después la cerraba y apagaba la luz; después, extendía las piernas bajo la sábana, y no siempre se dormía en el acto: el mar volvía a poseerle en esas horas.

Se adaptaba mal al reposo: el ritmo del mar estaba impreso en sus músculos, y creía que su sangre misma se mecía dentro de las venas como un líquido en un vaso sin equilibrio. El mar era él mismo, era su cuerpo, y su cabeza era él sobre el mar. Volvía a navegar por el latido de su corazón, que se dilataba sin límites como la soledad, y todas las cosas vividas cuando iba sobre el agua revivían en esas horas, más próximas. Lo que había visto brotaba ahora dentro de sus ojos con la fuerza de las semillas que germinan y rompen su propia piel. Brotaban las imágenes y se ramificaban adquiriendo proporciones que en la realidad no habían tenido.

Una caña flotante, una rama de pino, que, sobresaliendo apenas del agua, por el reflejo rojo de los rayos del sol tendidos ya sobre el mar, semejaba un hombro cobrizo... Cuando la rama venía acercándose a la barca, Mauro la había mirado pensando en la postura que pudiera tener el resto del cuerpo sumergido, pero al aparecer en la memoria ya no seguía el proceso de raciocinio que llegaba a descubrirla como rama: se detenía en el instante en que era hombro, y desenvolvía sus gérmenes de horror.

Primero en conjunto, después detalle por detalle, aparecía el cuerpo deducido: claro a través del agua, definible, más aún, omnivisible, pues, aunque lo contemplaba recorriéndolo en sucesivas etapas, no necesitaba cambiar de punto de vista para cono-

cer las partes que lógicamente quedaban del otro lado, y no lo veía tampoco como se ve un objeto transparente: su visión era sólo comparable a la que cada uno tiene del cuerpo propio, del propio rostro que en cualquier posición, a cualquier luz, o sin luz, sabe, siente, realiza la expresión que tiene, ve el ademán de cada miembro y la superficie que lo recubre por todos lados. Pero el cuerpo que veía en aquella forma no era el suyo, sino, por el contrario, uno muy distinto; era un cuerpo oscuro, muy largo, muy delgado; no venía tendido entre dos aguas sino casi vertical; el hombro izquierdo era lo que asomaba y el punto que hacía de proa en su marcha oblicua. La cabeza parecía caer con el cuello como truncado hacia el lado derecho, y le colgaba de la frente una especie de turbante que llevaba enrollado y que el agua iba desanudando. Porque era un árabe: sus facciones, muy pálidas, eran las de un agareno, con los labios amoratados entre la barba rala. El pecho, después de los hombros anchísimos, era seco, enteramente seco, como gastado en la guerra o en la piedad. El vientre sumamente estrecho estaba desnudo y parecía ceñido; las piernas quedaban dentro de unos calzones desgarrados; por un roto se veía una de las rodillas, pero Mauro podía ver también la otra, que no asomaba por ningún roto: estaba dentro de un calzón entero, y sin embargo la veía. Veía igualmente las plantas de los pies, que iban como colgando, y la espalda, que quedaba hacia abajo, pues siempre seguía considerándole como si le mirase desde un punto en el que el hombro izquierdo fuese lo más próximo. En las manos era solamente

donde Mauro podía apreciar que había sufrido; era lo único que en toda la figura parecía relajado y desposeído; era lo único donde se notaba que faltaba la vida, y por lo tanto esa vida era lo único que quedaba más allá de él, lo que no se podía ver. Mauro no conseguía hacer revivir la imagen; le encontraba alguna semejanza con los cargadores de los lejanos puertos de Chipre o Creta, y pensaba en las faenas, en la agitación de los muelles; lograba concebir otros seres semejantes a aquél, yendo y viniendo al borde de las dársenas, pero a él no. La imagen se dejaba trasladar, pero sin cambiar de posición. Era inútil conseguir, mediante una concentración mental, la visión de uno de esos días soleados en los que los hombres se consumen en ese rito, entre olvido y ansiedad, que es el trabajo. Cuando hacía por llevarle allí, le veía igualmente semitendido, con la cabeza colgando hacia la derecha, con la mano izquierda abandonada sobre el abdomen y el hombro un poco levantado en el sentido de la corriente que lo llevaba. Le veía pasar en esa postura por entre filas de cajas de naranjas, fardos de lana, pellejos de aceite... La lucha llegaba así a su más alta tensión, pues era lucha en realidad. Luchaba dentro de sí mismo por deshacer la visión, como quien se empeña en deshacer un nudo, y no lograba solucionarla. No lograba infundir en aquella imagen de muerte una transformación liberadora. Entonces sus fuerzas cedían de pronto al olvido, con ese cambio brusco, ligero y profundo con que olvidan los irracionales, y se hundía en el sueño.

Los que no conozcan la soledad del mar no intenten comprender. Estas visiones, navegadas sobre el pié-lago de la propia vida, medidas por el ritmo de la sangre, sólo las conocen los que se aventuran en el mar fiados en la resistencia de sus brazos; están tejidas como en la trama de un velo, que resulta invisible mientras los sentidos quedan enajenados por el esfuerzo, mientras el crujir del remo en la banda ocupa la atención en total. En esos momentos, sus componentes van sumándose, uniéndose en una red, tupida e impalpable como la malla de la niebla; sus colores se condensan, tácitamente fluorescentes, sin que la conciencia pueda percibirlos, y luego, en la oscuridad del ensueño, resplandecen. El hombre que boga solo, cuando el agua parece hinchada por la pleamar, cree a veces bogar por la superficie de una burbuja que puede estallar en cualquier momento, y cada pensamiento suyo tiene la dimensión abismática de un último pensamiento; con cada mirada a la costa impasible, busca un testigo para sus movimientos; pues cada uno de ellos puede ser un último movimiento; en cada despojo que pasa a la deriva, ve la imagen de una muerte irremisible, de una agonía intacta de toda presencia, y esa muerte, vivida en el secreto de la soledad, deja en él una impronta tan íntima como la huella de la inspiración o la del amor. No intente comprender quien no lo conozca.

En cuanto amanecía la luz traspasaba el cielo y el mar. Mauro desamarraba la barca y remaba hacia el Oeste. Cuando el sol llegaba al fondo de las calas, a través de diez brazas de esmeralda o zafiro, las me-

dusas conservaban aún el color del alba. Pero ya dijimos que no hay por qué hablar de lo que Mauro pudiese hacer al desembarcar en las calas, y debemos repetir que todo lo que llevamos dicho no contará para nada en la historia que nos propusimos relatar. Lo que sucede es que, cuando la historia de un hombre es la historia de un instante, conviene engarzar grandiosamente su infinita pequeñez en el universo.

La historia es ésta. Una tarde, al volver, el mar empezó a picarse, el agua se puso de un verde oliva floreado de blanco, y el cielo se cubrió en gran parte de cirros plumizos. En algunos lugares quedaron espacios como lucernas, enteramente limpios de nubes, y la luz se precipitaba por ellos en haces o focos que caían abruptamente sobre el mar oscuro como en el interior de una casa en ruinas. Mauro remó siguiendo la costa, pero no demasiado cerca de ella para evitar los escollos, sólo visibles cuando el mar está sereno; no se sintió ni un momento en peligro; calculó con acierto que la borrasca no le alcanzaría antes de llegar a Sóller si remaba con fuerza, y remó briosamente. Fiado en su destreza maquinal, iba contemplando la borrasca que se desarrollaba lenta y lejana allá donde el cielo y el mar parecían oprimirse, unirse tan estrechamente como las hojas de un libro en el lomo, y donde el resplandor de la centella abría de pronto inmensos espacios, descubría montañas, castillos y caminos luminosos. Entretanto, remaba con lento y mantenido impulso, y el compás del remo, si no es posible decir que atrajese toda su atención, iba subyugando todo su ser. Las fantasmagorías de la tormenta, aunque la distancia apenas se

alterase, iban pareciéndole cosa pintada, telón cambiante y movedizo, mientras que la barca y todo lo que le quedaba próximo se hacía cada vez más trascendente. El remo entraba en el agua y Mauro se absorbía en la contemplación de aquel contacto mutuo, repetido cien mil veces. Las olas se alzaban formando simas oscuras y crestas de espuma: nada más nuevo, nada más sorprendente que cada una de ellas. Su rumor era como el paso inconfundible de alguien que siempre mantiene ardiendo a la constancia en su espera. Empezaron a galopar junto al remo, y Mauro no volvió la cabeza para sorprenderlas: hundió la mirada en el interior del bote, donde no había más que el bulto de sus compras, una lata vacía y un cordel. Repasando con los ojos estos objetos neutros, las atendía sólo a ellas, contemplándolas en su murmullo como si en él estuviesen escritos sus formas y ademanes, y cuando desaparecían, dejando sólo una espuma, ya sin impulso, escuchaba el burbujeo hasta que se extinguía, como palabras de una charla que sólo la ligereza de la huida le impidiese comprender.

La atmósfera cerrada de la tormenta, los haces de luz que hasta a las olas les daban opacidad y espesor al concretar violentamente su contorno, hacían que la existencia de las presentidas criaturas marinas fuese para Mauro más que nunca evidente. Sabía que iban con él y no hacía por sorprenderlas; al contrario, se aproximaba, se entregaba a ellas, concentrándose en sí mismo, y creyó que sólo por azar había vuelto la cabeza. Volvió la cabeza, como tantas otras veces, al percibir la forma blanca que se alzaba, en-

trando al sesgo en el foco de su mirada. Volvió la cabeza y la vio: la vio porque estaba allí, mirándole.

No es posible afirmar la presencia de aquel ser más que diciendo que estaba allí, y no es necesario advertir que estaba, sin permanecer. Brotó su forma, inflamada de elocuencia como la zarza ardiente. La ola se levantó múltiple, aunque informe, armónica, como un tropel de caballos o como una ráfaga de deidades, como una pléyade de fuerzas arrebatada por una sola fuerza. En su nacimiento unánime llevaban la ley de su unánime sucumbir: la curva misma que erguía y organizaba su aspecto se desenvolvía forzosamente en derrumbamiento. Encadenadas en una gloriosa obediencia, se hundieron todas, menos una: un jirón de voluntad se destacó sin desprenderse, y el núcleo de su poder miró a Mauro a los ojos.

Mauro no alteró el compás de su marcha, no vibraron sus nervios, no se aceleró ni se detuvo su pulso; lo que se detuvo en él fueron las tres potencias de su alma. La visión de aquel ser, la conjunción de sus ojos con aquella mirada no le sacudió como un fenómeno asombroso; le enajenó; le raptó a la realidad aboliendo en él toda facultad de recordar, comprender o desear otra cosa. Las olas se sucedieron a su alrededor, cerca y lejos de la barca durante todo el trayecto, y la travesía terminó como todas; más dura en la cercanía de la costa que atrae y rechaza, hundiéndose al fin la quilla en la arena con violento empuje.

Con el orden cotidiano inalterable, los remos al hombro, el fardo arrastrando agarrado por la cuerda, cruzó la playa, pero los pies no tantearon como

otras veces el peligro; marcharon insensibles sobre las conchas rotas y aplastaron los erizos. Mauro se detuvo un momento, soltó el fardo para arrancar uno de ellos que se le había clavado en el borde del pie. Siguió, subió las gradas de piedra, entró en la casa, cerró con llave y encendió la lámpara. Entonces se quedó un rato indeciso, como queriendo recordar algo que necesitaba hacer antes de nada; dio dos o tres vueltas, andando con dificultad, porque el pie le dolía persistentemente, y apoyándolo apenas en el suelo, procurando recordar a través de aquel dolor lo que tenía que hacer, hasta que al fin pudo darse cuenta de que lo que tenía que hacer era sacarse las espinas.

Arrancó fácilmente las que sobresalían de la piel pero otras estaban enterradas en ella, y sentado en el suelo, con la lámpara en un taburete, fue sacándolas una por una con la punta de una aguja gruesa, apalancando entre la piel y la espina, y, cuando se rompía, ahondando hasta empujar desde debajo de ella.

La operación le era harto conocida, pero esta vez la intensidad del dolor le fascinaba, y, fijo en él como en un punto brillante de poder hipnótico, contemplaba la imagen de la deidad hundida en su alma. Perseguía con la punta de acero la punta calcárea que se escapaba hacia adentro, hasta que parecía llegar a la coyuntura de la primera falange, y ya enteramente tragada por la carne, sólo lograba tocar con el extremo de la aguja su dureza de vidrio.

Perdió la noción del tiempo: todo esfuerzo era inútil. No sólo el esfuerzo de sacar la espina, sino

todo esfuerzo, cualquier otro esfuerzo. El dolor era como una estrella: era un rumbo. Dejó la lámpara sobre el banco, se arrastró hasta la cama y se dejó caer en ella.

Sería artificioso decir que Mauro miró al otro día la vida como un hombre que ha muerto en alta mar, pero es exacto, o al menos lo más exacto posible, decir que la miró como un hombre que se ha desposado con otra vida. La fue abandonando con pudor, a medida que fue dejando de comprenderla, y, sin alcanzar con su razón lo que pudiese haber en él digno de ser mirado por la divinidad, se redujo a ello.

El sol reseco las tablas del bote en la arena de la playa. Mauro veía desde su celda clarear el alba todos los días a la hora de coger los remos, pero nuevos deberes fueron borrando el recuerdo, y hasta fueron, con su monotonía, velando el esplendor de la ardiente entrega. El hábito le envolvió en su regularidad anónima, y el tráfico de un orden nuevo, aunque muy simple, reclamó su actividad.

Cuando esa opresión aflictiva, que en muchos es germen de la duda, le pedía una corroboración para su fe —entiéndase que no se la pedía racionalmente, sino como el cuerpo pide el alimento: con la nostalgia del sabor— bajaba por las rocas de la colina donde estaba el convento hasta la orilla del agua y allí se sentaba, tocaba el borde de su pie por entre la sandalia, en el punto donde se articula la primera falange, y encontraba como un pequeño clavo junto al hueso.

Era como un estigma, era una señal que secretamente le marcaba como elegido. Apretándolo, lograba reavivar el dolor, y a su luz volvía a ver el brillo tenebroso de aquel momento en que la mirada del más allá le había herido.